



OTOÑO
(Cuatro Estaciones)

de Julio Escalada



Fragmento

*A Isabel Sánchez Rodajo,
mi primera amiga.*

Dramatis Personae

LA MUJER ORIENTAL
EL HOMBRE ORIENTAL
EL CICLISTA
EL SEÑOR ELEGANTE
EL JOVEN
UNA VOZ
LA ANCIANA

I

ORIENTE

(Jardín del Paraíso. El hombre oriental rastrilla un mar de grava salpicado de rocas de diferentes formas y tamaños. Un pequeño puente cruza un arroyo. Un estanque sobre el que se alza un pabellón de té coronado de glicinias. El fluir del agua por el arroyo emite un sonido constante y monótono. El rojo intenso de los arces anuncia el otoño; sus ramas quiebran el sol de la tarde. La mujer oriental se aproxima por un camino de madera con cortos pero rápidos pasos portando una sombrilla de madera y papel.)

LA MUJER ORIENTAL.— Pensé que no llegaría nunca.

EL HOMBRE ORIENTAL.— «Mariposa de otoño / que me ha dejado solo / entre los montes.»

(La mujer cierra su sombrilla.)

LA MUJER ORIENTAL.— Esta noche he soñado contigo. Toda la noche he soñado contigo.

EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Fue bonito?

LA MUJER ORIENTAL.— ¿Qué?

EL HOMBRE ORIENTAL.— El sueño. ¿Fue bonito soñar conmigo?

LA MUJER ORIENTAL.— No. *(Silencio.)* Fue un sueño espantoso. *(Silencio.)* Estábamos en el parque. Quisiste jugar a que yo me escondía y tú me encontrabas.

EL HOMBRE ORIENTAL.— Un juego de niños... y de enamorados.
LA MUJER ORIENTAL.— Cerrabas los ojos y contabas hasta veinte.
 Cuando los abrías no dudabas, te dirigías exactamente hacia
 dónde yo me ocultaba.
EL HOMBRE ORIENTAL.— Percibiría tu aroma.
LA MUJER ORIENTAL.— La segunda vez contaste hasta treinta para que
 pudiese hallar un lugar más escondido...
EL HOMBRE ORIENTAL.— Pero te encontré nuevamente...
LA MUJER ORIENTAL.— Duplicamos la cifra.
EL HOMBRE ORIENTAL.— Cuarenta.
LA MUJER ORIENTAL.— No. Sesenta.
EL HOMBRE ORIENTAL.— Y te encontré.
LA MUJER ORIENTAL.— Fuimos multiplicando la cifra...
EL HOMBRE ORIENTAL.— Y siempre te encontraba.
LA MUJER ORIENTAL.— Fui al extremo sur del parque... me escondí
 tras un árbol de pan.
EL HOMBRE ORIENTAL.— Y al poco tiempo te sorprendí y te agarré por
 la cintura.
LA MUJER ORIENTAL.— Después me cobijé bajo las matas de la seda,
 las que bordean el extremo este y segundos después...
EL HOMBRE ORIENTAL.— Sentiste sobre ti la sombra que todo lo sabe.
LA MUJER ORIENTAL.— Hacia el norte, en el bosque de árboles de la
 lluvia...
EL HOMBRE ORIENTAL.— Te encontré agazapada en la base de un
 tronco...
LA MUJER ORIENTAL.— Y comencé a llorar y mis lágrimas se
 confundían con las gotas que caían de sus ramas.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Por qué?
LA MUJER ORIENTAL.— Porque entendí que solo podría escapar si me
 dirigía hacia occidente, pero no me atrevía...
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Tú querías escapar de mí?
LA MUJER ORIENTAL.— En el sueño sí.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Tú quieres huir de mi lado?
LA MUJER ORIENTAL.— (*Silencio.*) No.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Por qué?
LA MUJER ORIENTAL.— Porque me quieres como nadie jamás me ha
 querido.

(El viento silba entre los juncos de bambúes, los arcos pierden un buen número de hojas.)

EL HOMBRE ORIENTAL.— Es tarde. Los días son cada vez más cortos; los días son cada día más desapacibles. Mañana intenta llegar antes, los enamorados disfrutaban en compañía.

II

ORIENTE

(Jardín del Paraíso. El hombre oriental rastrilla el mar de grava, el viento sopla con fuerza. Las ramas de los arces pierden rápidamente las hojas. Algunas caen al arroyo y son arrastradas velozmente por la corriente. La mujer oriental avanza por el camino de madera a pasos rápidos y cortos. Permanece en pie a escasos metros del hombre oriental.)

LA MUJER ORIENTAL.— Pensé que no llegarías nunca.

EL HOMBRE ORIENTAL.— «Nada dice / en el canto de la cigarra / que su fin está cerca.»

(La mujer oriental cierra su sombrilla.)

LA MUJER ORIENTAL.— Esta noche he soñado contigo. Toda la noche he estado soñando contigo.

EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Fue un bonito sueño?

LA MUJER ORIENTAL.— Fue una pesadilla.

EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Me ocurría algo malo?

LA MUJER ORIENTAL.— Montaba en la barca del estanque. Me acercaba a sus orillas y en cada una de ellas, como un espíritu, estabas tú esperándome y riendo.

EL HOMBRE ORIENTAL.— Porque lo que más deseo en el mundo es verte, te espero alegre en cada embarcadero.

LA MUJER ORIENTAL.— *(Señala la lejanía.)* Me encerraste en el

pabellón de té...

EL HOMBRE ORIENTAL.— Hay lugares donde los enamorados dicen estar esposados.

LA MUJER ORIENTAL.— Yo no quiero estar presa.

EL HOMBRE ORIENTAL.— Esposado no es estar preso. Estar esposado es un acto voluntario.

LA MUJER ORIENTAL.— Yo lo que quiero es... llegar a ser.

EL HOMBRE ORIENTAL.— *(El hombre deja de rastrillar.)* Llegar a ser... ¿Sabes qué significa llegar a ser?

(La mujer oriental no responde. El hombre recoge unas cuantas hojas caídas de las ramas de los arces y se las muestra.)

EL HOMBRE ORIENTAL.— Observa que hermoso color.

LA MUJER ORIENTAL.— ¡Cómo me gustaría cruzar el puente!

EL HOMBRE ORIENTAL.— Los sueños nos ayudan a liberar los deseos.

LA MUJER ORIENTAL.— Quizá yendo hacia aquella parte del mundo...

EL HOMBRE ORIENTAL.— Los sueños existen para poder realizar imposibles.

LA MUJER ORIENTAL.— Quizá traspasando aquel horizonte...

EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Quizá traspasando aquel horizonte...?

LA MUJER ORIENTAL.— Llegue a ser.

EL HOMBRE ORIENTAL.— Está prohibido.

LA MUJER ORIENTAL.— ¿Llegar a ser?

EL HOMBRE ORIENTAL.— Desde hace milenios.

LA MUJER ORIENTAL.— Es arbitrario.

EL HOMBRE ORIENTAL.— Las desgracias suceden porque el ser humano se empeña en moverse. La gente parece no querer permanecer en su lugar; serena en su lugar. Las personas se pierden precisamente por eso.

LA MUJER ORIENTAL.— En el mundo existen caminos para no perderse. ¿Cuál es mi lugar? ¿Quién le da derecho a nadie a impedir atravesar ese puente?

EL HOMBRE ORIENTAL.— La tradición. La tradición es sabia. Si alguien atraviesa el puente deja de existir.

LA MUJER ORIENTAL.— Nadie deja de existir mientras haya otro que lo recuerde.

(Una bandada de pájaros se posa sobre un pino cuyas ramas están talladas en forma de nubes.)

EL HOMBRE ORIENTAL.— Contempla este jardín. Quince rocas. Las hice traer una a una de diferentes lugares; son las montañas donde habitan los dioses. Mira hacia el suelo, ves la arena; la hice traer desde la playa; la rastrillo todos los días para ti. Trazo diariamente diferentes dibujos, así conoces sin peligrar los caprichos del mar.

Ahora escucha el sonido del viento a través de las ramas de bambú, no son más que los lamentos de todos los hombres. Cuando lo planté quise que no sufrieras viendo sufrimientos ajenos. ¿Sientes cómo discurre la vida por el agua? ¿Cómo el agua pelea contra las rocas que encuentra a su paso para finalmente descansar en el lecho del lago?

Silencio. Escucha. Silencio. Contempla. Silencio. Siente. Silencio. *(Silencio.)* Se pueden conocer otras realidades sin haberlas vivido. Es incluso lo más prudente.

(El silencio es roto por los trinos de una bandada de pájaros que se posan sobre las ramas de los árboles.)

Vayámonos de aquí, este viento hace enloquecer hasta a los pájaros.

(La bandada de pájaros emprende el vuelo.)

III

ORIENTE

(Jardín del Paraíso. El hombre oriental rastrilla la grava. El agua discurre lentamente por el arroyo. Las ramas de los arces, casi limpias de hojas, se recortan en la luz del ocaso. Llega la mujer oriental, viste un kimono estampado de mariposas; ase una pequeña maleta. El hombre y la mujer permanecen largo tiempo en silencio.)

EL HOMBRE ORIENTAL.— «Sopla el poniente / y al oriente se apilan / las hojas secas.»

(La mujer cierra la sombrilla.)

EL HOMBRE ORIENTAL.— Esta noche he soñado contigo.

LA MUJER ORIENTAL.— ¿Ha sido un sueño bonito?

EL HOMBRE ORIENTAL.— No. Fue una horrible pesadilla. Soñé que decidías atravesar el puente y te alejabas por un largo sendero hasta que no eras más que un punto en el horizonte. (Silencio)
¿Cuánto amor puede contener el universo?

LA MUJER ORIENTAL.— El que tú me das...

EL HOMBRE ORIENTAL.— Y te seguiré dando. Si me voy yo, te vas tú; si tú te vas, yo muero.

LA MUJER ORIENTAL.— Yo me iré pero tú no morirás.

(Él lleva sus manos al rostro.)

LA MUJER ORIENTAL.— No llores.
EL HOMBRE ORIENTAL.— No me dejes.
LA MUJER ORIENTAL.— Yo no te dejo. Yo me voy.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Por qué?
LA MUJER ORIENTAL.— Porque quiero llegar a ser.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Ya has sabido lo que significa llegar a ser?

(La mujer no contesta. El arroyo arrastra linternas de papel de arroz iluminadas por débiles llamas en su interior.)

EL HOMBRE ORIENTAL.— Si me voy yo, te vas tú; si tú te vas, yo, muero.
LA MUJER ORIENTAL.— ¡Basta!
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Qué significa llegar a ser?
LA MUJER ORIENTAL.— Quizá cuando regrese...
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Qué es llegar a ser?

(La mujer oriental no contesta.)

EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Qué te he enseñado todos estos años?
LA MUJER ORIENTAL.— Todo lo que sé.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Qué te he ido dando diariamente?
LA MUJER ORIENTAL.— Todo lo que tenías.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Quién te acompañaba en la noche? ¿Quién te calmaba el llanto? ¿Quién te hacía reír cuando...?
LA MUJER ORIENTAL.— Tú. Tú. Tú.
EL HOMBRE ORIENTAL.— Si no hubiese sido por mí ¿dónde te encontrarías?
LA MUJER ORIENTAL.— Si no hubiese sido por ti quizá no existiría tal como soy.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Has conocido a otro hombre?
LA MUJER ORIENTAL.— Si te miento lo sabrías porque entre nosotros no cabe la mentira.
EL HOMBRE ORIENTAL.— ¿Por qué te vas entonces?
LA MUJER ORIENTAL.— Se encuentra lo que se busca. Se pierde aquello de lo que uno se despreocupa. Yo quiero buscar y encontrar lo que quiero. Quiero... llegar a ser.

EL HOMBRE ORIENTAL.– *(Alza la voz.)* ¿Qué es lo que quieres llegar a ser?
(Silencio.)

LA MUJER ORIENTAL.– «Va persiguiendo / pétalos de cerezos / la tempestad.»

(El hombre oriental ase el mango del rastrillo y lo eleva para golpearla, ella inesperadamente lo detiene con un golpe de sombrilla. El hombre arroja el rastrillo sobre el mar de arena y se lleva las manos al rostro. El viento sopla con más fuerza.)

EL HOMBRE ORIENTAL.– Perdona, perdóname... *(Silencio)* Anoche soñé que vestiste tu mejor kimono para atravesar el puente e irte hacia el occidente. Soñé que no pude hacer nada para impedirlo. Soñé que mi miedo devoraba mi cordura e intenté golpearte y que tú me detuviste. Entonces lloré por haber perdido la conducta en la que me había educado. Soñé que yo observaba cómo te alejabas. Soñé que finalmente eras un simple punto en el horizonte. Y supe que no volvería a verte más porque una vez que se ha iniciado una acción no cabe marcha atrás.

(Quedan en silencio. Ella lo observa unos instantes para después dirigirse al puente con pasitos cortos y rápidos. En el centro del arco del puente una ventolina la acaricia suavemente la espalda para ayudar a atravesarlo. Él queda en mitad del mar de arena. Las linternas de papel de arroz navegan por el arroyo.)